

Una visión diferente y reveladora del cura guerrillero

Cristianismo revolucionario: Camilo, precursor

JAVIER GIRALDO MORENO S. J.,
(Compilador)
Proyecto Memoria Histórica,
Bogotá, 2012, 270 págs.

EL LIBRO *Cristianismo revolucionario: Camilo, precursor* es una compilación, en cinco partes, de treinta documentos, adelantada por el sacerdote jesuita Javier Giraldo Moreno, por encargo del Proyecto Memoria Histórica, entidad que ha emprendido una importante labor, entre otras, en torno a la figura de Camilo Torres Restrepo: publicar libros que revelen diversas facetas de su pensamiento, además de sus proyecciones. En este volumen, el objetivo es explorar las repercusiones del pensamiento cristiano en la Iglesia católica y sus afinidades con movimientos y procesos que se desarrollaron en el interior del cristianismo latinoamericano y universal.

Arranca con una presentación por parte del compilador, en la que se cuenta el porqué del surgimiento de la “teología de la liberación”, en cabeza del sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez Merino, y los movimientos de apoyo que se dieron en los países latinoamericanos; además se presentan algunos documentos-pronunciamientos, aparecidos a partir de 1967 y que se alargaron hasta bien entrada la década de 1970.

La primera parte consta de tres artículos encaminados a mostrar a Camilo Torres (1929-1966) como precursor de la “teología de la liberación”. Es interesante el planteamiento del sacerdote Mario L. Peresson Tonelli, para quien Camilo no fue un teólogo de profesión, ni intentó serlo, pero su formación como sacerdote, sociólogo y revolucionario, y un mediano conocimiento de la realidad colombiana, le permitieron plantear la corriente teológica liberadora de América Latina y tal vez en la Iglesia católica en el siglo xx, que le dio un viraje radical a la Teología, para lo que Peresson adjuntó documentación en la que se revela a Torres Restrepo como un conocedor

de la Biblia, al punto que la interpretó de acuerdo a sus intereses: conciencia y compromiso social en torno al amor, como esencia del cristianismo, sentido de la Teología en la que creyó, divulgó, y luchó, al punto de dar su vida. El artículo de Peresson es acompañado por una carta de Camilo Torres Restrepo al obispo coadjutor de Bogotá en abril de 1965, dos meses antes de abandonar el sacerdocio, nueve meses antes de morir en Patio Cemento (Santander), y un esbozo de la “teología de la liberación” del sacerdote Gustavo Gutiérrez Merino, escrito en julio de 1968, años después de la muerte de Torres Restrepo.

Esta parte es la que presenta y bosqueja el pensamiento del sacerdote y su proyección, y la que contiene un mediano intento de análisis; sin embargo, faltan algunos detalles importantes, de simple biografía, que enriquecerían mucho más el objetivo principal: los problemas que enfrentó el entonces profesor y subcapellán de la Universidad Nacional, desde finales de 1961, con el cardenal Luis Concha Córdoba, que desembocaron, en julio de 1962, en la prohibición, por parte del alto prelado, para que Torres ejerciera la docencia en la Nacional. Un mes después de su obligado retiro de la Facultad de Sociología, y su nombramiento como párroco de la iglesia de la Veracruz, Camilo viajó a Buenos Aires (Argentina), a una reunión previa a la fundación del Consejo Episcopal Latinoamericano (Celam), en la que planteó que los marxistas luchaban por la nueva sociedad y, por tanto, los cristianos debían estar luchando a su lado. Más tarde, en septiembre de 1964, asistió en Lovaina, su alma máter, a un congreso de Teología Pastoral en el que planteó que la caridad cristiana, si quería ser eficaz y no un asunto meramente verbal, tenía que ocuparse de la planificación económica, la cual, en los países subdesarrollados, suponía un cambio total en las estructuras de poder. Los católicos debían colaborar con los marxistas, pues estos estaban en la vanguardia de la lucha por el cambio.

Las partes segunda, tercera, cuarta y quinta constan de veintisiete documentos: diez, ocho, seis y tres respectivamente, que giran en torno a las encíclicas *Populorum Progressio* (1967), *Octogesima Adveniens* (1971), *Evangelii Nuntiandi* (1975) de Pablo VI, que

muestran una postura crítica al desenfadado desarrollo capitalista, y cierto apoyo a la “teología de la liberación”, lo que permitió, junto a las conclusiones del Concilio Vaticano II, su impulso, y fortalecimiento. Las tres encíclicas y las conclusiones dieron lugar a que dieciocho obispos del tercer mundo se pusieran de acuerdo, el 18 de agosto de 1967, una vez terminado el Concilio, en que la coyuntura de entonces: el desarrollo capitalista y la fortaleza de las dos potencias comunistas, Rusia y China, y su consecuente enfrentamiento, afectaban directamente al Tercer Mundo, pues era la lógica zona de disputa entre las potencias, ora capitalista, ora socialista, suscitándose allí revoluciones y conflictos, situación que la Iglesia debía afrontar, y que implicaba un sacerdote comprometido, solidario con el pueblo, sin proteger las grandes propiedades, bogando porque la propiedad se repartiese entre todos, cumpliendo una función social, posición eminentemente socialista, pero también cristiana.

A partir de los planteamientos de Camilo Torres, el respaldo de la primera de las encíclicas, y las conclusiones del Concilio Vaticano, un sector de los obispos de América Latina, conocidos como Los Santos Padres de la Iglesia Latinoamericana, de los que se incluyen en el libro algunos apartes de sus posiciones, se embarcaron en la creación del Celam, y en el marco de la Segunda Conferencia, adelantada en Medellín, en agosto de 1968, por los mismos días en que Pablo VI visitó Colombia, con ocasión del Congreso Eucarístico, expidieron el *Documento sobre paz*, en el que se hace una radiografía de la situación latinoamericana y la paz, analizando el injusto y desigual subdesarrollo de la región en variables como la marginalidad; la desigualdad de clases sociales; la frustración, la opresión y la dominación de clases; la creciente toma de conciencia de los sectores oprimidos; las tensiones internacionales y el neocolonialismo externo, y las tensiones entre los países de la región. Presenta una reflexión doctrinal cristiana sobre la paz y otra sobre el problema de la violencia en América Latina, y se concluye con que el Episcopado Latinoamericano no podía eximirse de asumir

responsabilidades bien concretas, para lo que se recomendaron tareas.

Para los colombianos es importante la participación en esos años de arranque y consolidación del Celam, de los monseñores Gerardo Valencia Cano y Raúl Zambrano Camader, curiosamente muertos en accidentes de aviación, con muy pocos meses de intervalo, muertes que, siendo *mal pensado*, pudieron ser provocadas, pues en Colombia no es raro que cualquier voz rebelde, que piense diferente al establecimiento, sea acallada a como dé lugar. En efecto, a partir de lo ocurrido en Medellín, un sector importante de la Iglesia católica de América Latina asumió tareas concretas: se formaron grupos sacerdotales que interpretaron la encíclica papal y tomaron posiciones de vanguardia, en nuestro país es de destacar el Grupo de Golconda, promovido por Valencia Cano, y Cristianos por el Socialismo, de dimensión continental, que tuvo gran importancia por las décadas del setenta y el ochenta, y captó algunos sectores de la sociedad colombiana, en especial de la pequeña burguesía. De esos movimientos se presentan documentos que abren un compás importante para que se haga su historia, se analice su presencia en el desarrollo de los movimientos revolucionarios alternativos a la izquierda armada.

Un acierto del libro, es la cuarta parte, en la que se presentan testimonios de los dos más importantes revolucionarios de América Latina: Fidel Castro, el “Che” Guevara, así como de miembros del Frente Sandinista, del Farabundo Martí, y la Unidad Revolucionaria Guatemalteca, en los que se analizan el papel de los sacerdotes en procesos revolucionarios de liberación nacional. De manera unánime, estos documentos plantean la conveniencia de que los cristianos, mejor, los católicos, laicos y religiosos, se integren al movimiento revolucionario, estableciendo puntos de acuerdo, de respeto, entre la ideología católica y la marxista-leninista. Igualmente, dejan claro que en los procesos revolucionarios de América Latina, caso Nicaragua, ha habido “mártires” declaradamente católicos. Sin embargo, los documentos allí presentados podían haber sido contextualizados, analizados, etc.

La quinta parte presenta tres miradas de teólogos comprometidos: la de Ernesto Cardenal, que reivindica la posición revolucionaria de Torres Restrepo, y sostiene el importante papel de la Iglesia en las sociedades latinoamericanas, especialmente en la coyuntura revolucionaria de las décadas de 1960 y 1970 hasta mediados de la de 1980; sus alusiones al comunismo, el marxismo, la teología de la liberación, etc., son un buen ejemplo del excelente resultado de estudiar metódicamente el marxismo, pues el sacerdote y poeta nicaragüense estudió seriamente la doctrina emanada de Marx y, sobre todo, la analizó a la luz de la doctrina católica. Los dos documentos que completan este apartado, el de Paul Blanquart, y el de Giulio Girardi, ratifican los planteamientos de Cardenal.

Un problema evidente de esta recopilación documental es que no tiene un seguimiento de la trayectoria de los mismos, su cobertura, su difusión y su proyección. Faltó un epílogo necesario: ¿La Iglesia católica por qué abandonó la “teología de la liberación”? ¿O la continuó pero con otros presupuestos, producto del derrumbamiento del muro de Berlín y otros eventos subyacentes? De ser cierto esto último, ¿cuáles han sido los planteamientos al respecto? Sin embargo, es un texto útil para quien desee acometer la ardua labor de entender el papel de la religión católica en un proceso revolucionario. Para la situación actual, de una negociación entre la guerrilla de las Farc y el Gobierno colombiano, también es importante, pues tanto en el proceso de prenegociación, de negociación, de eventuales acuerdos, y de normalización, la Iglesia ha cumplido, cumple y cumplirá un papel determinante. Ahora no es tiempo de sectarismos decimonónicos, la historia ha mostrado, entre otros, que la separación entre la Iglesia debe acompañar los procesos sociales, políticos, y económicos, respetando lo conseguido por la sociedad civil, laica.

José Eduardo Rueda Enciso

Profesor titular,

Escuela Superior de Administración Pública